

dudas, esos actos incomprensibles é incompletos que los fisiólogos observan en los seres anonadados por los pesares.

Al ver los síntomas de un profundo abatimiento en su cliente, Derville le dijo:

—No se desanime usted, porque la salvación de este asunto sólo puede serle favorable. Dígame nuevamente si me concede usted toda su confianza y si acepta ciegamente el resultado que pueda yo obtener y juzgar como más favorable para usted.

—Haga usted lo que quiera, dijo Chabert.

—Sí; pero se entrega usted á mí como hombre que va á la muerte?

—¿No voy á quedar sin nombre y sin derechos? ¿Es eso tolerable?

—Yo no lo entiendo así, dijo el procurador. Empezaremos amistosamente un juicio para anular su acta de defunción y su matrimonio, á fin de que recobre usted sus derechos. Por mediación del conde de Ferraud, volverá usted á figurar en las filas del ejército como general y obtendrá usted, sin duda, una pensión.

—Conforme, respondió Chabert. Me entrego á usted en cuerpo y alma.

—Mañana le mandaré á usted un poder para que lo firme. Adiós, y ánimo, y si necesita usted dinero, ya sabe que puede contar conmigo.

Chabert apretó calurosamente la mano de Derville y permaneció apoyado contra la pared, sin fuerzas para seguirle más que con los ojos. Como todos los que tienen poco conocimiento de los asuntos judiciales, se asustaba ante la idea de aquella lucha imprevista. En el transcurso de esta conferencia, varias veces había asomado, por detrás de la pilastra de la puerta cochera, la cara de un hombre, apostado en la calle para acechar la salida de Derville, el cual hombre se aproximó al procurador cuando salía. Era el tal un anciano que vestía una blusa azul y que llevaba en la cabeza un gorro de piel; su cara era morena, enjuta y arrugada, pero roja por los pómulos, á causa sin duda del exceso del trabajo y de la influencia de la intemperie.

—Dispéñseme usted, caballero, si me tomo la libertad de hablarle, le dijo á Derville cogiéndole por el brazo; pero al verle he sospechado que era usted el amigo de nuestro general.

—¿Y en qué se interesa usted por él? dijo Derville, ¿quién es usted? repuso el desconfiado procurador.

—Yo soy Luis Vergniaud, y quisiera decirle dos palabras.

—¿Es usted el que ha dado tan buen hospedaje al conde Chabert?

—Dispense usted, señor, pero tiene el mejor cuarto de la casa, y si no hubiera tenido más que el mío, se lo hubiese cedido y me hubiese ido á dormir á la cuadra. Un hombre que ha sufrido como él, que enseña á leer á mis pequeños, un general, un egipcio, el primer teniente á cuyas órdenes he servido... ¡tendría que ver! Le he albergado lo mejor que pude y he repartido con él lo que tenía. Desgraciadamente, no era gran cosa: pan, leche, huevos. En fin, en la guerra, como en la guerra. Tiene un gran corazón. Pero nos ha reventado mucho.

—¿El?

—Sí, señor, nos ha reventado, pero por completo. Yo tomé este establecimiento, cuyo alquiler era superior á mis fuerzas, y él lo veía perfectamente. Y dale que me había de ayudar, y dale que me había de ayudar. Yo le decía: «Pero, mi general...» Yo había hecho dos pagarés por el precio de mi vaquería á un tal Gradós... ¿Lo conoce usted, señor?

—Pero, querido mío, no tengo tiempo para escucharle á usted; dígame únicamente qué es lo que les ha hecho el coronel.

—Nos ha reventado, señor, tan cierto como yo me llamo Luis Vergniaud y como mi mujer ha llorado. Ha sabido por los vecinos que no teníamos ni un céntimo, y el muy zorro, sin decirnos nada, ha amontonado todo lo que usted le había dado y ha satisfecho uno de los pagarés. ¡Qué malicia! Cuando mi mujer y yo sabíamos que no tenía tabaco ese pobre viejo. ¡Oh! ahora, todas las mañanas tiene sus cigarros, porque antes de consentir que careciera de nada, sería capaz de venderme la camisa. No, nosotros estamos reventados. De modo que, quisiera proponerle que nos prestase, puesto que, según él dice, es usted un buen hombre, un centenar de escudos sobre nuestro establecimiento, á fin de procurarle ropa y de amueblar su cuarto. El ha creído sacarnos de apuros, y no es verdad; al contrario, crea usted que nos ha dado un gran disgusto y que no debía haber hecho lo que hizo. Nos ha dado un gran disgusto. A fe de hombre honrado, tan cierto como me llamo Luis Vergniaud, que me dejaría matar

antes que dejar de cumplir con usted el compromiso, si me presta ese dinero.

Derville miró al vaquero y dió algunos pasos atrás para volver á ver la casa, el patio, los estercoleros, el establo, los conejos y los chiquillos.

—A fe que creo que uno de los caracteres de la virtud es el no ser propietario, se dijo. Ya obtendrás los cien escudos que deseas y aun más; pero no seré yo el que te los daré, sino el coronel, que ha de ser bastante rico para ayudarte, y al cual no quiero quitar ese placer.

—¿Ocurrirá eso muy pronto?

—¡Yo lo creo!

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡qué contenta se va á poner mi mujer!

Y el rostro tostado del vaquero pareció dilatarse de alegría.

—Ahora, se dijo Derville subiendo de nuevo al cabriolé, vayamos á casa de nuestra adversaria, no dejemos ver nuestro juego, procuremos conocer el suyo, y ganemos la partida de un solo golpe. ¿Sería bueno asustarla? Es mujer. ¿De qué se asustan más las mujeres? Las mujeres no se asustan más que de...

Empezó á estudiar la posición de la condesa, y se sumió en una de esas meditaciones á las que se entregan los grandes políticos para concebir sus planes y procurar adivinar el secreto de sus enemigos. Y en cierto modo ¿no son los procuradores hombres de Estado, encargados de asuntos privados? Para comprender el ingenio del procurador, se hace aquí necesario dirigir una ojeada á la situación en que se encontraba el conde de Ferraud y su mujer.

El señor conde de Ferraud era hijo de un antiguo consejero del parlamento de París, que había emigrado durante la época del Terror, y que, si había salvado la cabeza, había perdido toda su fortuna. Volvió á su patria bajo el consulado y permaneció constantemente fiel á los intereses de Luis XVIII, á cuyo servicio estaba su padre antes de la Revolución. Pertenecía, pues, á aquel partido del arrabal Saint-Germain que resistió noblemente á las seducciones de Napoleón. La reputación de hombre de talento que logró conquistarse el joven conde, que, á la sazón, era llamado sencillamente el señor Ferraud, le hizo objeto de los halagos del emperador, el cual se consideraba á veces tan feliz con sus conquistas hechas entre la aristocracia, como con una vic-

toria conseguida en el campo de batalla. Le prometió al conde la restitución de su título y de sus bienes y la próxima obtención de un ministerio ó de una senaduría. El emperador cayó. Cuando la muerte del conde Chabert, el señor Ferraud era un joven de veintiséis años, sin fortuna, dotado de agradable figura, que obtenía grandes éxitos en el mundo y que había sido adoptado como una gloria del arrabal de Saint-Germain. Pero la señora condesa Chabert había sabido sacar tan buen partido de la herencia de su marido, que después de unos diez y ocho meses de viudez, poseía unos cuarenta mil francos de renta. Su casamiento con el joven conde, no fué aceptado como una novedad halagüeña por los corrillos del arrabal Saint-Germain. Contento con este matrimonio, que respondía á sus ideas de fusión, Napoleón devolvió á la señora Chabert la parte que correspondía al fisco en la herencia del coronel; pero las esperanzas de Napoleón quedaron frustradas: la señora Ferraud no amó á su marido solamente por su juventud, sino que había sido seducida también por la idea de entrar en aquella sociedad desdeñosa que, á pesar de su proceder, dominaba la corte imperial. Aquel matrimonio halagaba tanto sus pasiones como sus vanidades; iba á pasar á ser una mujer á la moda. Cuando el arrabal Saint-Germain supo que el casamiento del joven conde no era una defección, los salones se abrieron para su mujer. La Restauración sobrevino. La fortuna política del conde Ferraud no fué rápida. Este hombre comprendía las exigencias de la posición en que se encontraba Luis XVIII, y era del número de los iniciados que esperaban *que el abismo de las revoluciones quedase cerrado*, pues esta frase real, de la cual se burlaban tanto los liberales, ocultaba una profunda sentencia política. Sin embargo, la real orden citada en la larga fase clerical que comenzó esta historia, le había devuelto dos bosques y una tierra, cuyo valor había aumentado considerablemente durante el sequestro. En este momento, aunque el conde Ferraud fuese consejero de Estado y director general, no consideraba su posición más que como el principio de su carrera política. Preocupado con las atenciones de una ambición devoradora, había nombrado secretario suyo á un procurador llamado Delbecq, hombre habilísimo, que conocía admirablemente los recursos de la trampa y al cual abandonaba la dirección de sus asuntos privados. El astuto curial había comprendido

perfectamente su misión en casa del conde, para mostrarse probo por especulación, pues esperaba ocupar algún cargo importante, mediante la influencia de su amo, cuya fortuna era objeto de todas sus atenciones. Su conducta desmentía de tal modo su conducta anterior, que pasaba por hombre calumniado. Con el tacto y la estucia que poseen, más ó menos, las mujeres, la condesa, que había adivinado á su administrador, le vigilaba cuidadosamente, y sabía manejarle tan bien, que había sacado ya un gran partido de él, para lograr el aumento de su fortuna particular. Había salido persuadido Delbecq de que ella manejaba al señor Ferraud, y le había prometido nombrarle presidente de un tribunal de primera instancia, en una de las ciudades más importantes de Francia, si servía por completo á sus intereses. La promesa de una plaza inamovible que le permitiera casarse ventajosamente y conquistarse, más tarde, una elevada posición en la carrera política, llegando á ser diputado, constituyó á Delbecq en testafiero de la condesa. Este hombre no había dejado escapar ninguna de las probabilidades favorables que los movimientos de la Bolsa y el aumento de valor de las propiedades ofrecieran en París á las gentes hábiles, durante los tres primeros años de la Restauración, y había triplicado el capital de su protectora, con tanta más facilidad, cuanto que los medios habían parecido buenos á la condesa, á fin de lograr pronto que su fortuna fuera enorme. Esta viuda empleaba el sueldo de los cargos ocupados por el conde, en los gastos de la casa, á fin de poder capitalizar las rentas, y Delbecq se prestaba á los cálculos de esta avaricia, sin procurar indagar los motivos de la misma, pues esta clase de gentes no se preocupan más que de aquellos secretos cuyo descubrimiento es necesario á sus intereses. Por otra parte, el administrador encontraba la razón de aquella avaricia en esa sed de oro de que están atacados la mayor parte de los parisienses, y era preciso una fortuna tan grande para apoyar las pretensiones del conde Ferraud, que el intendente creía á veces entrever en la avidez de la condesa un efecto de su adhesión por el hombre de quien se guió siempre en la morada. La condesa había sepultado los secretos de su conducta en el fondo de su corazón. Allí había secretos de vida y de muerte para ella; en el corazón está precisamente el nudo de esta historia.

A principios del año 1818, la Restauración estuvo sentada

en bases, en apariencia, inquebrantables; sus doctrinas gubernamentales, comprendidas por los espíritus superiores, les parecieron que habían de traer para Francia una era de nueva prosperidad, y entonces la sociedad parisiense cambió de aspecto. Por un efecto de la casualidad, la señora condesa de Ferraud había hecho un matrimonio de amor, de fortuna y al mismo tiempo de ambición. Joven y hermosa aún, la señora Ferraud desempeñó el papel de mujer á la moda y vivió en la atmósfera de la corte. Rica por sí misma, rica por su marido, el cual, reputado como una de las mayores capacidades del partido realista y como amigo del rey, parecía estar llamado á ser ministro, la condesa pertenecía á la aristocracia y participaba de su esplendor. En medio de este triunfo, esta mujer se vió atacada de un cáncer moral. Existen sentimientos que las mujeres adivinan á pesar del cuidado que los hombres emplean para ocultarlos. A la primera vuelta del rey, el conde Ferraud sintió cierto arrepentimiento acerca de su matrimonio. La viuda del coronel Chabert no se había aliado con nadie y se veía sola y sin apoyo para medrar en una carrera llena de escollos y de enemigos. Además, cuando pudo juzgar fría y á su mujer, reconoció en ella algunos vicios de educación, que la hacían impropia para secundarle en sus proyectos. Una frase dicha por el conde, con motivo del casamiento de Talleyrand, iluminó á la condesa, la cual no tuvo ya duda de que si su casamiento tuviera que hacerse, jamás sería la señora Ferraud. ¿Qué mujer perdonaría esta ofensa? ¿No equivale á todas las injurias, á todos los crímenes y á todos los repudios en germen? Pero ¡qué llaga no abriría esta frase en el corazón de la condesa, si se tiene en cuenta que ésta temía ver llegar de un momento á otro á su primer marido! Ella sabía que vivía y lo había rechazado. Después, viendo que transcurría tanto tiempo sin oír hablar de él, se complació en creer que habría muerto en Weterloo con las águilas imperiales, en compañía de Boutin. Sin embargo, concibió la idea de atraerse al conde con el más fuerte de los lazos, con la cadena de oro, y quiso ser tan rica, que su fortuna hiciese indisoluble su segundo matrimonio, si por casualidad reaparecía aún el conde Chabert. Y éste había reaparecido, sin que ella se explicase la causa de que no hubiese empezado ya la lucha que ella temía. Sin duda los sufrimientos y la enfermedad la habían librado de aquel hombre; sin duda estaba medio loco y procuraban devolverle

la razón en algún manicomio. Pero la condesa no quiso dar cuenta de sus sospechas ni á Delbecq ni á la policía, por temor á crearse un tirano ó á precipitar la catástrofe. Existen en París muchas mujeres que, como la condesa Ferraud, viven con un monstruo moral desconocido ó bordean un abismo. Por regla general, estas mujeres se forman un callo en el lugar de su mal y pueden aún reír y divertirse.

—Encuentro algo raro en la situación del señor conde Ferraud, se dijo Derville al salir de su larga meditación, en el momento en que el cabriolé se detenía en la calle de Varennes, á la puerta del palacio Ferraud. ¿Cómo él, tan rico y tan querido del rey, no es aún par de Francia? Es verdad que, como decía la señora de Grandlieu, sin duda entra en la política del rey el dar una gran importancia á la dignidad de par no prodigándola mucho. Por otra parte, el hijo de un consejero del parlamento no es un Crillon ni un Rohan. El conde Ferraud sólo puede entrar subrepticamente en la alta cámara. Pero si su matrimonio se anulase, ¿no podría pasar á su cabeza, con gran satisfacción del rey, la dignidad de par de alguno de esos viejos senadores que no tienen más que hijas? He aquí indudablemente un buen medio para asustar en lo sucesivo á la condesa, se dijo al mismo tiempo que subía la escalinata exterior del palacio.

Sin saberlo, Derville había puesto el dedo en la llaga secreta y hundido la mano en el cáncer que devoraba á la señora Ferraud. El procurador fué recibido por la condesa en un bonito comedor de invierno, donde ésta almorzaba, jugando con un mono atado con una cadena á una especie de poyo. La condesa vestía elegante peinador, y los bucles de sus cabellos, negligentemente peinados, se escapaban de un gorro que le daba un aire sumamente coquetón. Estaba fresca y risueña. Los cubiertos de plata y oro y el nácar brillaban sobre la mesa, y veíanse en torno de ella flores curiosas plantadas en magníficos tiestos de porcelana. Al ver á la mujer del conde Chabert, rica con los despojos de éste, en el seno del lujo y en la cumbre de la escala social, mientras que su desgraciado esposo vivía en casa de un pobre vaquero en medio de las bestias, el procurador se dijo:

—La moral de todo esto es que una mujer rica no querrá nunca reconocer á su marido, ni aun á su amante, en un hombre que lleva un viejo carrique, una peluca de grama y unas botas rotas.

Una sonrisa mohinosa y mordaz expresó las ideas, medio filosóficas y medio burlonas, que tenían que ocurrírsele á un hombre tan bien dotado de inteligencia, para conocer el fondo de las cosas á pesar de las mentiras bajo las cuales ocultan su existencia la mayor parte de las familias parisienses.

—Buenos días, señor Derville, dijo la condesa continuando en su operación de darle café al mono.

—Señora, dijo el procurador bruscamente, pues no dejó de chocarle el tono ligero con que la condesa había dicho: «Buenos días, señor Derville», vengo á hablar con usted de un asunto bastante grave.

—¡Cuánto lo siento! el señor conde está ausente...

—¡Y cuánto me alegro yo, señora! porque creo que sería verdaderamente de sentir que él asistiese á nuestra conferencia. Además, ya sé por Delbecq que le gusta á usted resolver por sí sola sus asuntos sin molestar al señor conde.

—Entonces haré que venga Delbecq, dijo la condesa.

—No, porque, á pesar de su habilidad, en este momento le sería á usted inútil. Escuche usted, señora; una palabra bastará para inmutarla á usted. El conde Chabert vive.

—¡Cómo! ¿pensará usted inmutarme diciendo semejantes tonterías? dijo aquella mujer soltando una carcajada.

Pero la condesa quedó de pronto iluminada por la extraña lucidez y la fija mirada con que Derville le interrogaba, pareciendo leer en el fondo de su alma.

—Señora, respondió éste con una fría y penetrante gravedad, ignora usted la extensión de los peligros que la amenazan. No le hablaré á usted de la incontestable autenticidad de los documentos ni de la certidumbre de las pruebas que demuestran la existencia del conde Chabert, pues ya sabe usted que no soy hombre capaz de encargarme de una mala causa. Si se opone usted á la anulación del acta de defunción, perderá usted este primer pleito, y resuelto él á nuestro favor, quedan ganados ya todos los demás.

—¿De qué pretende usted, pues, hablarme?

—Ni del coronel, ni de usted. No le hablaré tampoco de las defensas que podrían hacer abogados de talento, conocedores de los hechos curiosos de esta causa, ni del partido que sacarían de las cartas que usted recibió de su primer marido antes de la celebración de su matrimonio con el segundo.

—¡Eso es falso! dijo la condesa con toda la violencia de una tirana. Yo no he recibido nunca cartas del conde Chabert, y si alguien dice ser el coronel, será, sin duda, algún intrigante, algún escapado del presidio, como Cogniard. Solamente de pensar en ello me estremezco. Señor mío, ¿acaso puede resucitar el coronel? Bonaparte me comunicó su muerte por un ayudante de campo, y hoy mismo percibo yo tres mil francos de pensión que me concedieron las cámaras, como viuda de él. Creo, pues, que he tenido mil veces razón al rechazar á todos los Chabert que se han presentado, como rechazaré también á todos los que se presenten.

—Por fortuna, estamos solos, señora, y podemos mentir cuanto queramos, dijo Derville fríamente, entreteniéndose en excitar la cólera que agitaba á la condesa, á fin de arrancarle alguna indiscreción mediante una maniobra, muy familiar á los procuradores, que acostumbran siempre á permanecer tranquilos y sosegados cuando sus adversarios ó sus clientes se enfurecen. Ahora nos veremos, se dijo á sí mismo el hábil curial discurriendo al instante un lazo para demostrar á su contrincante su propia debilidad. La prueba de que la primera carta le fué á usted entregada, consta, señora, repuso en alta voz. Dicha carta contenía valores...

—¡Oh! jeso no es verdad! no contenía ningún valor.

—¿Luego la habéis recibido? repuso Derville sonriéndose. Ha caído usted ya en el primer lazo que le tiende un procurador, y cree usted poder luchar con la justicia...

La condesa se puso roja, pálida, se ocultó la cara entre las manos, y después, sacudiendo su vergüenza, repuso con la sangre fría propia de esta clase de mujeres:

—Puesto que es usted el procurador del pretendido Chabert, hágame el favor de...

—Señora, en este momento soy aún tan procurador de usted como del coronel. ¿Cree usted acaso que yo quiero perder una clientela tan preciosa como la de usted? Pero se niega usted á escucharme, y...

—Hable usted, caballero, dijo la condesa con mucha amabilidad.

—Su fortuna de usted proviene del señor conde Chabert y usted le ha rechazado. La fortuna de usted es colossal, y le permite usted mendigar. Señora, los abogados son muy elocuentes cuando las causas son elocuentes por sí mis-

mas, y en esta se encuentran circunstancias capaces de levantar contra usted la opinión pública.

—Pero, caballero, dijo la condesa impacientada al ver la manera como Derville la manejaba á su gusto; suponiendo que ese señor Chabert exista, los tribunales apoyarán mi segundo matrimonio á causa de los hijos, y yo quedaré en paz devolviendo doscientos veinticinco mil francos al señor Chabert.

—Señora, no sabemos cómo apreciarán los tribunales la parte sentimental de este asunto. Si por una parte existe una madre con hijos, por otra tenemos un hombre agobiado por las desgracias y envejecido por su culpa de usted y por sus negativas. ¿En dónde encontrará él ahora una mujer? Además, ¿pueden los jueces anular la ley? Su matrimonio con el coronel tiene la fuerza que da el derecho de la prioridad, y si usted es representada bajo odiosos colores, podría presentársele un adversario con el que ni siquiera cuenta usted ahora. He aquí, señora, el peligro de que yo quiero preservarla.

—¡Un nuevo adversario! dijo la condesa. ¿Quién?

—El señor conde Ferraud, señora.

—El señor Ferraud siente por mí un entrañable cariño y un gran respeto por la madre de sus hijos.

—Señora, no diga usted esas tonterías á gente de justicia acostumbrada á leer en el fondo de los corazones, dijo Derville interrumpiéndola. En este momento, el señor conde Ferraud no tiene el menor deseo de anular su matrimonio y estoy persuadido de que la adora á usted; pero si alguien le dijera que su matrimonio puede ser anulado y que su mujer va á ser llevada como criminal al banco de los acusados...

—Me defendería, caballero.

—Le digo á usted que no, señora.

—¿Qué razón puede tener para abandonarme?

—La de casarse con la hija única de un par de Francia, y de obtener así, mediante un decreto, la dignidad de par. La condesa palideció.

—Ya te tengo, y el pleito del pobre coronel está ganado, se dijo para sus adentros Derville.

—Por otra parte, señora, repuso en alta voz, su actual esposo sentiría tanto menos los remordimientos, por cuanto que el que le exige su mujer es un hombre cubierto de gloria, general, conde, gran oficial de la Legión de honor.

—¡Basta! ¡basta, caballero! usted será siempre mi único procurador. ¿Qué hay que hacer?

—¡Transigir! dijo Derville.

—¿Me ama aún? preguntó la condesa.

—No creo que haya dejado de amarle á usted.

Al oír estas palabras, la condesa irguió la cabeza. Un rayo de esperanza brilló en sus ojos: sin duda contaba especular con la ternura de su primer marido, para ganar su causa mediante alguna astucia de mujer.

—Señora, esperaré sus órdenes para saber si es preciso notificarle judicialmente ó si quiere usted venir á mi casa para ajustar las bases de una transacción, dijo Derville á la condesa.

Ocho días después, durante una hermosa mañana del mes de julio, los dos esposos, desunidos por una casualidad casi sobrenatural, partieron de los dos puntos más opuestos de París para ir á encontrarse en el estudio de su común procurador. Los anticipos que Derville había hecho al coronel Chabert le habían permitido vestirse con arreglo á su posición. El difunto llegó, pues, en un cabriolé muy decente. Llevaba la cabeza cubierta con una peluca apropiada á su fisonomía, iba vestido de azul y lucía sobre el chaleco el botón rojo de los grandes oficiales de la Legión de honor. Con las lujosas ropas que le correspondían había recobrado también su antigua elegancia marcial. Se mantenía recto, y su cara grave y misteriosa, donde se pintaban la dicha y todas sus esperanzas, parecía haberle rejuvenecido. Se parecía tanto al Chabert del viejo carrique, como se parece una moneda roñosa de cinco céntimos á una pieza de cuarenta francos recientemente acuñada. Al verle, los transeuntes hubiesen reconocido fácilmente en él á uno de los hermosos restos de nuestro antiguo ejército, á uno de aquellos hombres heroicos en los que se refleja nuestra gloria militar y que la representan como representa al sol el espejo por él iluminado. Aquellos veteranos son, al mismo tiempo, cuadros y libros. Cuando el conde bajó del coche para subir á casa de Derville, saltó ligeramente como hubiera podido hacerlo un joven.

Apenas había dado la vuelta á la esquina su cabriolé, cuando llegó también un bonito coche que ostentaba en sus portezuelas un escudo conal. La señora condesa de Ferraud salió de él sencillamente ataviada, pero lo suficiente para

mostrar la esbeltez de su talle. Llevaba una bonita capota forrada de color rosa, que sentaba perfectamente á su rostro, disimulando sus contornos y favoreciéndolos. Pero si los clientes se habían rejuvenecido, el estudio seguía siendo el mismo y ofrecía el mismo aspecto que dejamos descrito al empezar esta historia. Simonín almorzaba, con el hombro apoyado en la ventana, que estaba á la sazón abierta, y contemplaba el azul del cielo por la abertura de aquel patio rodeado de cuatro negros cuerpos de edificio.

—¡Ah! exclamó el aprendiz de pasante, ¿quién quiere apostar un espectáculo á que el coronel Chabert es general y gran oficial de la Legión de honor?

—Nuestro principal es un famoso mago, dijo Godeschal.

—¿De modo que ahora no podemos jugarle ninguna mala pasada? preguntó Desroches.

—Ahora será su mujer, la condesa de Ferraud, la que se encargará de ello, dijo Boucard.

—¿De modo que la condesa de Ferraud pertenece ahora á dos hombres? dijo Godeschal.

—¡Aquí está! dijo Simonín.

En este momento, el coronel entró y preguntó por Derville.

—¡Ah! ¡pillastre! ¿de modo que no eres sordo? dijo Chabert cogiendo al *saltacharcos* por la oreja y estirándosela, con gran satisfacción de los pasantes, que se echaron á reír y miraron á Chabert con la curiosa consideración debida á tan singular personaje.

El conde Chabert estaba en el despacho de Derville en el momento en que su mujer entraba por la puerta del estudio.

—Oiga usted, Boucard, ¡vaya una escena más extraña que se va á desarrollar en el despacho del principal! He ahí una mujer que puede ir los días pares á casa del conde Ferraud y los impares á casa del conde Chabert.

—El conde figurará en los años bisiestos, dijo Godeschal.

—¡Callen ustedes, señores, que se puede oír! dijo severamente Boucard. Yo no he visto nunca un estudio donde se bromea, como en este, con todos los clientes.

Derville había mandado al coronel que se metiese en una alcoba inmediata, cuando la condesa se presentó.

—Señora, le dijo el procurador, no sabiendo si le agradaría á usted ver al conde Chabert, los he separado á ustedes. Sin embargo, si usted deseara...

—Caballero, doy á usted un millón de gracias por su atención.

—He preparado la minuta de mi acta, cuyas condiciones pueden ser discutidas por usted y el señor Chabert acto continuo. Yo iré alternativamente de usted á él para comunicarles sus respectivos razonamientos.

—Veamos, señor, dijo la condesa dejando escapar un movimiento de impaciencia.

Derville leyó:

«Entre los infrascriptos:

»Don Jacinto Chabert, conde, mariscal de campo y gran oficial de la Legión de honor, vecino de París y habitante en la calle del Petit-Banquier, por una parte;

»Y la señora doña Rosa Chapotel, esposa del dicho conde de Chabert, nacida en...»

—Pase usted por alto los preámbulos y vayamos directamente á las condiciones, dijo la condesa.

—Señora, dijo el procurador, el preámbulo explica sucintamente la posición en que se encuentran ustedes. En el artículo primero, usted reconoce, en presencia de tres testigos, que son dos notarios y el vaquero en cuya casa ha vivido su marido de usted, á los cuales he confiado este asunto bajo secreto, en la seguridad de que guardarán silencio; usted reconoce, repito, que el individuo designado en las actas adjuntas, cuyos originales se encuentran en casa del notario Alejandro Crottat, es el conde Chabert, su primer esposo. En el artículo segundo, el conde Chabert, en interés de su dicha de usted, se compromete á no hacer uso de sus derechos más que en los casos previstos en el acta misma. Y estos casos, dijo Derville haciendo una especie de paréntesis, no son otros que la falta de cumplimiento de las cláusulas de esta convención secreta. Por su parte, el señor Chabert consiente en entablar á buenas con usted un juicio que anulará su acta de defunción y que provocará la disolución de su matrimonio.

—Eso no me conviene de ningún modo, dijo la condesa asustada, no quiero juicios ni procesos. Ya sabe usted por qué.

—En el artículo tercero, dijo el procurador continuando con una flemma imperturbable, se compromete usted á constituir á nombre de Jacinto Chabert, conde de Chabert, una

renta vitalicia de ochenta mil francos, renta cuyo capital volverá á su poder á la muerte de él.

—Pero eso es demasiado, dijo la condesa.

—Al contrario, ¿puede acaso transigirse en mejores condiciones?

—Yo lo creo.

—Veamos, ¿qué quiere usted, señora?

—Yo quiero... yo no quiero juicios, yo quiero...

—Sí, que siga apareciendo muerto, dijo vivamente Derville interrumpiéndola.

—Caballero, dijo la condesa, si es preciso que yo dé ochenta mil francos de renta, pleitearemos.

—¡Sí, pleitearemos! exclamó con voz sorda el coronel, que abrió la puerta y apareció de pronto ante su mujer, llevando una mano metida en el bolsillo del chaleco y la otra tendida hacia la audiencia.

—¡Es él! se dijo para sí la condesa.

—¡Demasiado caro! repuso el veterano. Le he dado á usted cerca de un millón y regatea usted mi dicha, mi felicidad. Pues bien, ahora exigiré su persona y su fortuna. Existe entre nosotros comunidad de bienes, puesto que el matrimonio no ha sido anulado.

—Pero este caballero no es el coronel Chabert, exclamó la condesa fingiendo la mayor sorpresa.

—¡Ah! dijo el anciano con tono profundamente irónico, ¿quiere usted pruebas? Yo la conocí á usted en el Palais-Royal...

La condesa palideció, y al observar esto el veterano conmovióle el vivo sufrimiento que causaba á una mujer amada en otro tiempo con ardor, y se detuvo; pero fué objeto de una mirada tan impregnada de veneno, que de pronto prosiguió diciendo:

—Usted estaba en casa de...

—Por favor, caballero, dijo la condesa al procurador, permitidme que me retire. Yo no he venido aquí para oír estos horrores.

Y se levantó y salió. Derville se apresuró á seguirla, pero la condesa parecía volar y no logró alcanzarla. Cuando volvió á su despacho, el procurador encontró al coronel con un acceso de rabia, caminando á grandes pasos.

—En aquella época, cada uno tomaba la mujer donde le parecía; pero yo estuve desacertado en la elección é hice

mal con fiarme de las apariencias, decía. Esa mujer no tiene corazón.

—Vaya, coronel, ¿no tenía yo razón al suplicarle que no se presentara? Ahora yo estoy seguro de su identidad. Cuando usted apareció, la condesa hizo un movimiento cuyo móvil no deja lugar á duda. Pero ahora, usted ha perdido su causa, porque su mujer sabe que está usted desconocido.

—¡La mataré!

—Lo cual sería una locura, pues le cogerían á usted y le guillotinarían como á un miserable. Por otra parte, acaso erraría usted el golpe, lo cual sería imperdonable, pues no debe errarse nunca el golpe cuando se intenta matar á la mujer culpable. Pero déjeme usted reparar sus errores, niño, más que niño. Retírese usted y tenga cuidado, porque la condesa sería capaz de tenderle algún lazo y hacerle encerrar en algún manicomio. Ahora mismo voy á hacer el necesario para comenzar el pleito.

El pobre coronel obedeció á su joven protector y salió pidiéndole mil perdones. Bajaba lentamente los peldaños de la escalera, sumido en sus sombríos pensamientos, agobiado sin duda por el golpe que acababa de recibir, el golpe más cruel y el más terrible que le habían dado en el corazón, cuando, al llegar al último descansillo, oyó el ruido de una falda y se le presentó su mujer.

—Venga usted, caballero, le dijo tomándole por el brazo en la misma forma que acostumbraba á tomarle antaño.

La acción de la condesa y el acento de su voz, que se había vuelto amable y graciosa, bastaron para calmar la cólera del coronel, que se dejó conducir hasta el coche.

—Vamos, suba usted, le dijo la condesa una vez que el lacayo abrió la portezuela.

Y el pobre Chabert se encontró como por encanto sentado en el coche al lado de su mujer.

—¿Adónde quiere ir la señora? preguntó el lacayo.

—A Groslay, contestó aquella.

Los caballos partieron al galope y atravesaron todo París.

—¡Señor! dijo la condesa al coronel con un sonido de voz que revelaba una de esas emociones raras en la vida y durante las cuales todo en nosotros se agita.

En estos momentos, corazón, fibras, nervios, fisonomía, alma y cuerpo, todo, hasta los poros, se estremecen. La vida parece no ser ya nuestra; se sale de nuestro sér, se comunica

como un contagio y se transmite con la mirada, con el acento de la voz, con el gesto, imponiendo nuestra voluntad á los demás. El veterano se estremeció al oír aquella primera palabra, aquel primero, aquel terrible: «¡Señor!» Pero es que también dicha palabra encerraba un reproche, un ruego, un perdón, una esperanza, una desesperación, una interrogación, una respuesta. Aquella palabra lo comprendía todo. Era preciso ser muy cómica para comunicar tanta elocuencia y tanto sentimiento á un solo vocablo. Lo verdadero no es tan completo ni tan perfecto en expresión, porque lo pone todo fuera y permite ver todo lo que existe dentro. El coronel sintió mil remordimientos por sus sospechas, por sus exigencias y por su cólera, y bajó los ojos para no dejar adivinar su turbación.

—Señor, repuso la condesa después de una pausa imperceptible, le he reconocido á usted perfectamente.

—¡Rosina! dijo el veterano, esas palabras contienen el único bálsamo que puede hacerme olvidar todas mis desgracias.

Dos gruesas lágrimas cayeron tibias aún sobre las manos de su mujer, manos que estrechó fuertemente el pobre soldado para expresar su paternal ternura.

—Señor, repuso ella, ¿cómo no ha comprendido usted que me había de molestar horriblemente al aparecer ante un extraño en la falsa posición en que me encuentro? Si tengo que avergonzarme de mi situación, que sea al menos en familia. ¿No debía quedar sepultado para siempre en nuestros corazones este terrible secreto? Yo espero que usted perdonará mi indiferencia aparente por las desgracias de un Chabert en cuya existencia yo no podía creer. Recibí sus cartas, dijo la condesa vivamente al leer en las facciones de su marido la objeción que estaba próximo á expresarle, pero las recibí trece meses después de la batalla de Eylau, abiertas, sucias, y el carácter de su letra era casi desconocido. Después de haber obtenido la firma de Napoleón en mi nuevo contrato de matrimonio, tuve que creer que algún diestro intrigante quería burlarse de mí. Para no turbar la tranquilidad del señor conde Ferraud y para no alterar los lazos de la familia, me vi obligada á tomar precauciones contra el que yo creía el falso Chabert. ¿No tenía razón? diga usted.

—Sí, has tenido razón; yo soy el estúpido, el animal, el

imbécil, por no haber sabido calcular mejor las consecuencias de semejante situación. Pero ¿adónde vamos? dijo el coronel viéndose en la barrera de la Chapelle.

—A mi casa de campo, situada en el valle de Montmorency, cerca de Groslay. Allí, señor, reflexionaremos acerca del partido que debemos tomar. Yo conozco mis deberes. Si soy de usted de derecho, no le pertenezco de hecho. ¿Puede usted desear que seamos objeto de las hablillas de todo París? No, no demos cuenta al público de esta situación, que para mí tiene mucho de ridículo, y sepamos conservar nuestra dignidad. Usted me ama aún, repuso dirigiendo al coronel una triste y penetrante mirada; pero yo ¿no quedé autorizada para formar otra familia? En esta extraña posición, una voz interior me dice que lo espere todo de su para mí tan conocida bondad. ¿Haré mal en tomarle á usted por solo y único árbitro de mi suerte? Sea usted juez y parte. Confío en la nobleza de su carácter y en que tendrá usted la bondad de perdonarme los resultados de inocentes faltas. Se lo confieso, amo á Ferraud. Me creí con derecho para amarle, y no me avergüenzo de hacer ante usted esta confesión, que si le ofende, no le deshonra. Yo no puedo ocultar los hechos. Cuando la casualidad me dejó viuda, no era madre.

El coronel hizo una seña con la mano á su mujer para imponerle silencio y ambos permanecieron sin proferir palabra durante un espacio de media legua. Chabert creía ver á los dos hijos de su esposa en su presencia.

—¡Rosina!

—Señor.

—¿Hacen mal los muertos en volver?

—¡Oh! señor, no, no. No me crea usted ingrata. Únicamente que encontrará una amante, una madre, en la que en otro tiempo fué su esposa. Si hoy no me es posible amarle, comprendo todo lo que debo, y puedo ofrecerle aún el entrañable afecto de una hija.

—Rosina, repuso el anciano con voz suave, yo no tengo resentimiento alguno contra ti. Lo olvidaremos todo, añadió con una de esas sonrisas cuya gracia es siempre el reflejo de un alma hermosa. No soy tan poco delicado para exigir que simule cariño por mí una mujer que ya no me ama.

La condesa le dirigió una mirada tan llena de agradecimiento, que el pobre Chabert hubiera querido volver á su

fosa de Eylau. Hay hombres que tienen un alma bastante fuerte para tales sacrificios, cuya recompensa hallan ellos únicamente en la seguridad de haber contribuido á la dicha de alguna persona amada.

—Amigo mío, hablaremos de todo eso más tarde, cuando estemos más tranquilos.

La conversación tomó otro curso, pues se hacía imposible ya continuarla sobre el mismo objeto.

Aunque los dos esposos volviesen siempre á tratar de su extraña situación, ya con alusiones, ó ya seriamente, hicieron un viaje encantador, acordándose de los acontecimientos de su unión pasada y de las cosas del Imperio. La condesa supo imprimir un dulce encanto á estos recuerdos y comunicó á la conversación el tinte de melancolía necesario para mantener su gravedad. Hacía revivir el amor sin excitar ningún deseo y dejaba entrever á su esposo todas las riquezas morales que ella había adquirido, procurando acostumbrarle á la idea de limitar su dicha á los solos goces de que disfruta un padre al lado de una hija querida.

El coronel había conocido á la condesa del Imperio y veía en ella á otra condesa de la Restauración. Por fin, los dos esposos llegaron á un gran parque retirado en el vallecito que separa las alturas de Margency de la bonita aldea de Groslay. La condesa poseía allí una casa deliciosa, donde el coronel vió al llegar que todo estaba preparado para su permanencia y la de su mujer. La desgracia es una especie de talismán cuya virtud consiste en corroborar nuestro primitivo modo de ser, y lo mismo aumenta la desconfianza y la maldad de ciertos hombres, que acrecienta la de aquellos que están dotados de excelente corazón. El infortunio había vuelto al coronel aún más compasivo y mejor de lo que era antes, hasta tal punto, que comprendía el secreto de los sufrimientos femeninos que desconocen la mayor parte de los hombres. No obstante, á pesar de su poca desconfianza, no pudo menos de decir á su mujer:

—¿De modo que estaba usted segura de conducirme aquí?

—Completamente segura, respondió ella, si es que el coronel y el demandante eran una misma persona.

El aire de verdad que esta mujer supo imprimir á esta respuesta, dispó las ligeras sospechas que el coronel se avergonzó de haber concebido. Durante tres días, la condesa se mostró cariñosísima con su primer marido. Con tier-

nos cuidados y con su constante amabilidad, parecía querer borrar el recuerdo de los sufrimientos que había experimentado y hacerse perdonar las desgracias que, según ella misma decía, había causado inocentemente: al mismo tiempo que le hacía ver una especie de melancolía en su actitud, la condesa desplegaba todos aquellos encantos que más cautivaban al coronel, pues siempre existen ciertos modales y ciertas caricias á las que nos cuesta más trabajo resistir. Decidida á todo para conseguir su objeto, ella no sabía aún lo que debía hacer de aquel hombre, pero indudablemente quería anonadarle socialmente.

La noche del tercer día, sintió que, á pesar de sus esfuerzos, no podía ocultar las inquietudes que le causaba el resultado de sus maniobras. Para encontrarse un momento á sus anchas, subió á su habitación, se sentó ante una mesa escritorio y se despojó de la máscara de tranquilidad que conservaba ante el conde Chabert, como actriz que, volviendo cansada á su habitación después de un quinto acto penoso, cae medio muerta y deja en el escenario una imagen de sí misma, á la cual ya no se parece en nada. La condesa se puso á escribir á Delbecq una carta comenzada, al cual decía que fuese en su nombre á pedir á casa de Der-ville una copia de las actas que concernían al coronel Chabert, y que, hecho esto, se trasladase inmediatamente á Groslay. Apenas había acabado, cuando oyó en el corredor los pasos del coronel, que muy inquieto iba á buscarla.

—¡Ay de mí! dijo en alta voz, deseaba estar muerta. Mi situación es intolerable.

—Pero ¿qué hay? ¿qué tiene usted?

—Nada, nada, contestó.

La condesa se levantó, dejó al coronel y bajó para hablar sin testigos á su camarera, á la que dió orden de que partiese inmediatamente para París, recomendándole que entregase en persona á Delbecq la carta que acababa de escribir, y que se la volviese á traer una vez que la hubiera leído. Después fué á sentarse á un banco que estaba bastante visible, para que el coronel fuese á unirse á ella tan pronto como lo deseara. Este, que buscaba ya á su mujer, no tardó en ir y en sentarse á su lado.

—Rosina, le dijo, ¿qué tiene usted?

Esta no respondió. La tarde era una de esas tardes magníficas y tranquilas, cuyas secretas armonías comunican

tanta suavidad á las puestas del sol en el mes de junio. El aire era puro y el silencio profundo, de manera que se podía oír á lo lejos del parque las voces de algunos niños que añadían una especie de melodía á la sublimidad del paisaje.

—¿No me responde usted? preguntó el coronel á su mujer.

—Mi marido... dijo la condesa, que se detuvo, hizo un movimiento y se interrumpió para preguntarle con rubor. ¿Qué nombre le daré al señor conde Ferraud cuando hable de él?

—Lámale tu marido, pobre hija mía, respondió el coronel con un acento de bondad. ¿No es el padre de tus hijos?

—Pues bien, repuso ella, si mi marido me pregunta lo que he venido á hacer aquí, si sabe que he estado con un desconocido ¿qué le diré? Escúcheme usted, señor, repuso tomando una actitud llena de dignidad; decida usted de mi suerte, estoy resignada á todo.

—Querida mía, dijo el coronel tomando las manas de su mujer, he resuelto sacrificarme enteramente por tu dicha.

—¡Eso es imposible! exclamó la condesa dejando escapar un movimiento convulsivo. No olvide usted que entonces tendría que renunciar de sí mismo y hacerlo de una manera auténtica.

—¡Cómo! dijo el coronel, ¿no le basta á usted mi palabra?

El vocablo *auténtica* hirió el corazón del anciano y despertó en él involuntarias desconfianzas. Chabert dirigió á su mujer una mirada que la hizo enrojecer, bajó los ojos y temió verse obligado á desprenderla. La condesa temía haber anulado el pudor salvaje y la probidad severa de un hombre cuyo carácter generoso y cuyas virtudes primitivas le eran conocidas. Aunque estas ideas hicieron aparecer algunas nubes en sus frentes, la buena armonía se restableció en seguida entre ellos. He aquí cómo.

Un grito de niño resonó á lo lejos.

—Julio, deje usted en paz á su hermana, gritó la condesa.

—¿Cómo! ¿están aquí sus hijos? dijo el coronel.

—Sí, pero les he prohibido que le importunen á usted.

El veterano comprendió la delicadeza y el tacto de mujer que encerraba aquel proceder tan generoso, y tomó la mano de la condesa para besarla.

—¡Que vengan, que vengan! dijo el militar.

Esto diciendo, la niña acudía ya para quejarse de su hermano.

- ¡Mamá!
 —¡Mamá!
 —Es él, que...
 —Es ella...

Las manos estaban tendidas hacia la madre y las dos voces infantiles se mezclaban. El cuadro no podía ser más imprevisto y delicioso.

—¡Pobrecillos! exclamó la condesa rompiendo en llanto. Será preciso abandonarles. ¿A quién se los entregará el juez? ¡Oh! ¡yo los quiero para mí! El corazón de una madre no puede olvidar nunca.

—¿Es usted el que hace llorar á mamá? dijo Julio dirigiendo una mirada de cólera al coronel.

—¡Cállese usted, Julio! exclamó la madre con aire imperioso.

Los dos niños permanecieron de pie y silenciosos, examinando á su madre y al extraño, con una curiosidad que es imposible expresar con palabras.

—¡Oh! sí, repuso la madre, si me separan del conde, que me dejen los hijos y me someteré á todo.

Esta escena decidió definitivamente el éxito que la condesa esperaba.

—¡Sí! exclamó el coronel como acabando una frase mentalmente empezada. Yo debo sepultarme de nuevo. Varias veces me lo he dicho.

—¿Puedo yo acaso aceptar tal sacrificio? respondió la condesa. Si ha habido hombres que han muerto por salvar el honor de su querida, es lo cierto que sólo han dado su vida una vez. Pero en esta ocasión usted la daría todos los días, á todas horas. No, no, eso es imposible. Si no se tratase más que de su existencia, no sería nada; pero firmar que usted no es el coronel Chabert, reconocer que es usted un impostor, sacrificar su dicha, repetir una mentira á todas horas del día... ¡Oh! no, la abnegación humana no puede llegar hasta ahí. Piense usted bien en ello, no. Si no fuese por mis pobres hijos, yo habría huído ya con usted hasta el fin del mundo.

—Pero, repuso Chabert, ¿es que acaso no puedo vivir aquí, en este pabelloncito, pasando por uno de sus parientes? Yo estoy hecho ya un carcamal y sólo necesito un poco de tabaco y *El Constitucional*.

La condesa lloró amargamente y se entabló entre ella y

el coronel un combate de generosidad, del cual salió vencedor el soldado. Una tarde, viendo á aquella madre en medio de sus hijos, el soldado quedó seducido por las conmovedoras gracias de un cuadro de familia, en el campo, en medio de la sombra y el silencio. Tomó la resolución de seguir apareciendo muerto, y no asustándose ya ante la autenticidad de un acta, preguntó qué era preciso hacer para asegurar irrevocablemente la felicidad de aquella familia.

—Haga usted lo que quiera, le respondió la condesa; pues confieso que yo no debo ni puedo mezclarme en nada de este asunto.

Delbecq había llegado hacía algunos días, y siguiendo las instrucciones verbales de la condesa, el intendente había sabido ganarse la confianza del anciano militar. Al día siguiente por la mañana, pues, el coronel Chabert partió con el antiguo procurador para Saint-Leu-Taverny, donde Delbecq había hecho preparar en casa del notario un acta concebida en términos tan crudos, que el coronel salió bruscamente del despacho después de haber oído su lectura.

—¡Mil truenos! ¡haciendo esto sería un santo, pero siempre pasaría por un falsario! exclamó.

—Señor, le dijo Delbecq, yo, en su lugar, no me apresuraría á firmar ese documento y procuraría sacar treinta mil francos de renta. Estoy seguro que la señora no se los negaría.

Después de haber anonadado á aquel pillastre jubilado con la luminosa mirada del hombre honrado que se indigna, el coronel huyó presa de mil sentimientos contrarios: se volvió desconfiado, se indignó y se calmó sucesivamente. Por fin, entró en el parque de Groslay, por la brecha de un muro, y se fué lentamente á descansar y á reflexionar á sus anchas á un gabinete que había debajo de un kiosco, desde el cual se descubría el camino de Saint-Leu. Como que el paseo de árboles estaba recubierto con esa especie de tierra amarilla que se suele poner á veces en lugar de la arena, la condesa estaba sentada en el saloncito de esta especie de pabellón, y no oyó al coronel, pues estaba demasiado preocupada con el éxito de su empresa, para prestar la menor atención al ligero ruido que había hecho su marido. El veterano no vió tampoco á su mujer, que estaba en el pabelloncito situado encima de él.

—Y bien, señor Delbecq, ¿ha firmado? preguntó la con-

desa á su intendente al ver que venía solo por el camino.

—No, señora. No sé lo que le ha pasado á ese hombre; pero lo cierto es que el caballo matalón se ha encabritado.

—Vaya, veo que aprovechando la circunstancia de tenerle en nuestro poder, tendremos que meterle en un manicomio.

El coronel, al que la indignación dió fuerzas para saltar el espacio que le separaba del intendente, se plantó delante de él y le dió las dos bofetadas mayores que jamás haya podido recibir un procurador, al mismo tiempo que le decía:

—Puedes añadir también que este caballo matalón sabe tirar á tierra.

Disipada la cólera, el coronel no se sentía con fuerzas para volver á repetir el salto que había dado. La verdad se le había aparecido en toda su desnudez. Las palabras de la condesa y la respuesta de Delbecq le habían descubierto el complot de que iba á ser víctima. Los cuidados que le habían sido prodigados eran un cebo para cogerle en el lazo. Aquellas palabras fueron una especie de gota de algún veneno sutil, que determinó en el anciano la vuelta de sus dolores físicos y morales. Chabert se encaminó hacia el kiosco por la puerta del parque, caminando lentamente como hombre anonadado. Para él no había, pues, ni paz ni tregua. Desde aquel momento era preciso comenzar con aquella mujer la guerra odiosa de que le había hablado Derville, era necesario entrar en una vida de procesos, alimentarse de hiel y beber cada mañana un cáliz de amargura. Además, ¡pensamiento horrible! ¿dónde encontrar el dinero necesario para pagar las costas de las primeras instancias? El pobre militar sintió tan gran horror á la vida, que si hubiera tenido en aquel momento una pistola, se hubiera levantado la tapa de los sesos. Después se apoderó de él la incertidumbre de ideas que, desde su conversación con Derville en casa del vaquero, habían cambiado su moral. Por fin, llegado ante el kiosco, subió á la habitación que ocupaba su mujer, á la cual encontró sentada en una silla. La condesa examinaba el paisaje y afectaba una actitud llena de calma, ostentando esa impenetrable fisonomía que saben tomar las mujeres determinadas á todo; se enjugó los ojos como si hubiese derramado lágrimas, y con gesto distraído se puso á jugar con la cinta color de rosa de su cintura. Sin embargo, á pesar de su aparente seguridad, no pudo menos de estre-

cerse al ver en su presencia á su venerable bienhechor, de pie, con los brazos cruzados, el rostro lívido y la frente severa.

—Señora, dijo después de haberla mirado fijamente durante un momento y después de haberla hecho enrojecer, no la maldigo á usted, la desprecio. Ahora, doy gracias á la casualidad que nos ha desunido. Yo no la amo y ni siquiera siento deseos de venganza. No quiero nada suyo. Viva usted tranquila confiada en mi palabra, que vale más que los garraños de todos los notarios de París. No reclamaré nunca el nombre que, sin duda, le ha honrado. En lo sucesivo, yo no soy más que un pobre diablo llamado Jacinto, que sólo exigirá su vida. Adiós.

—La condesa se arrojó á los pies del coronel y quiso detenerle cogiéndole por las manos, pero aquél la rechazó con disgusto, diciéndole:

—¡No me toque usted!

La condesa hizo un gesto inexplicable cuando oyó el ruido de los pasos de su marido. Después, con la profunda perspicacia que comunica la excesiva perversidad ó el feroz egoísmo del mundo, creyó que podría vivir en paz con la promesa y el desprecio de aquel leal soldado.

Chabert desapareció en efecto. El vaquero hizo quiebra y se hizo cochero de cabriolé. El coronel sin duda se dedicó al principio á alguna industria del mismo género. Acaso, semejante á una piedra lanzada á un abismo, fué de cascada en cascada á abismarse en ese montón de andrajos que pulula á través de las calles de París.

Seis meses después de ocurrido esto, Derville, que no oyó ya hablar más del coronel Chabert y de la condesa Ferraud, pensó que acaso habría habido entre ellos una transacción y que, por venganza, la condesa habría hecho que se llevara á cabo en otro estudio. Entonces, una mañana, el procurador sumó las cantidades que había entregado á Chabert, le añadió las costas y rogó á la condesa Ferraud que reclamase al señor conde Chabert el importe de aquella cuenta, suponiendo que ésta sabría el lugar en que se encontraba su primer marido.

Al día siguiente por la mañana, el administrador del señor conde Ferraud, nombrado recientemente presidente del tribunal de primera instancia de una ciudad importante, escribió á Derville esta desconsoladora carta:

«Caballero: La señora condesa Ferraud me encarga que le advierta que su cliente había abusado indignamente de su confianza, y que el individuo que decía ser el conde Chabert ha reconocido que había tomado indebidamente un falso nombre.

»Sin más, se repite, etc.

»DELBEQ.»

—A decir verdad, hay gentes demasiado estúpidas, exclamó Derville. Ahora sea usted humano, generoso, filántropo y procurador, para que le revienten. He aquí un negocio que me cuesta más de dos mil francos.

Algún tiempo después de recibir esta carta, Derville, buscando en la audiencia un abogado, entró en la sala sexta en el momento en que el presidente condenaba á dos meses de prisión como vagabundo á un tal Jacinto y ordenaba que fuese conducido inmediatamente al depósito de mendicidad de San Dionisio, sentencia esta que, según la jurisprudencia de los prefectos de policía, equivale á una detención perpetua. Al oír el nombre de Jacinto, Derville miró al delincente, que permanecía sentado entre dos gendarmes en el banco de los acusados, y reconoció en la persona del condenado á su falso coronel Chabert. El veterano permanecía tranquilo, inmóvil y casi distraído. A pesar de sus andrajos, á pesar de la miseria que se pintaba en su rostro, no dejaba verse en él cierta noble arrogancia. Su mirada tenía una expresión de estoicismo que un magistrado no debiera dejar de ver; pero tan pronto como un hombre cae en manos de la justicia, deja de ser ya un sér moral, y es únicamente una cuestión de derecho ó de hecho, de igual modo que á los ojos de los estadistas pasa á ser únicamente una cifra. Cuando el soldado fué conducido á la escribanía para ser llevado después con el resto de los vagabundos que se juzgaban en aquel momento, Derville usó del derecho que tienen los procuradores para entrar en todos los departamentos de la audiencia, y, siguiéndole á la escribanía, lo contempló allí durante algunos instantes, así como á los curiosos mendigos entre los cuales se encontraba. La antesala de la escribanía ofrecía entonces uno de esos espectáculos que, por desgracia, ni los legisladores, ni los filántropos, ni los pintores, ni los escritores van á estudiar. Como todos los laboratorios de la curia, aquella antesala es una pieza oscura

hedionda, á cuyas paredes está adosada una banqueta de madera ennegrecida por la permanencia perpetua de los desgraciados que van á aquel punto de cita de todas las miserias sociales. Un poeta diría que la luz se avergüenza de iluminar aquel horrible antro por el que pasan tantos infortunados. No existe un solo puesto donde no se haya sentado algún criminal en germen ó consumado, ni un lugar donde no se haya encontrado algún hombre que, desesperado por el ligero estigma que la justicia habrá impreso á su primera falta, no haya comenzado una existencia á cuyo final debía erguirse la guillotina ó dispararse la pistola del suicida. Todos los seres que caen sobre el pavimento de París van á rebotar contra aquellos muros amarillentos, en los que un filántropo que no fuese especulador podría ver la justificación de los numerosos suicidios de que se lamentan escritores hipócritas é incapaces de dar un paso para prevenirlos, justificación que se encuentra escrita en aquella antesala, especie de prefacio para los dramas de la Morgue ó para los de la plaza de Greve. En este momento, el coronel Chabert se sentó en medio de aquellos hombres de enérgicos rostros, vestidos con las horribles libreas de la miseria, silenciosos á intervalos ó hablando en voz baja, pues tres gendarmes se paseaban haciendo resonar sus sables sobre el pavimento.

—¿Me conoce usted? dijo Derville al veterano colocándose detrás de él.

—Sí, señor, respondió Chabert levantándose.

—Si es usted un hombre honrado, repuso Derville en voz baja, ¿cómo pudo usted marcharse sin pagarme lo que me debe?

El anciano soldado se ruborizó, como hubiera podido hacerlo una joven acusada por su madre de un amor clandestino.

—¿Cómo! ¿no le ha pagado á usted la señora Ferraud? exclamó en voz alta.

—¡Pagado! dijo Derville. Lo que ha hecho ha sido escribirme diciéndome que era usted un farsante.

El coronel, haciendo un sublime movimiento de horror y de impresión, levantó los ojos al cielo como tomándole por testigo de aquel nuevo engaño.

—Caballero, dijo con voz alterada por la emoción, obtenga usted de los gendarmes el favor de que me dejen entrar en la escribanía, y voy á dar por escrito una orden que, seguramente, será cumplida.

A ruegos de Derville, el gendarme consintió en que Jacinto entrase en la escribanía, donde escribió algunas líneas dirigidas á la condesa Ferraud.

—Envíe usted esta carta á su casa, y seguramente que recobrará usted su dinero. Caballero, crea usted que si no le he demostrado el agradecimiento que le debo por sus muchos favores, ese agradecimiento no deja de estar aquí, dijo colocándose la mano sobre el corazón. Sí, está aquí pleno y entero. Pero ¿qué pueden hacer los desgraciados? Amar, y eso es todo.

—Pero ¿cómo no procuró usted estipular la obtención de alguna renta? le dijo Derville.

—No me hable usted de eso, respondió el anciano militar. Usted no puede comprender hasta dónde llega el desprecio que siento por esta vida que tanto aprecian los demás hombres. Yo me vi atacado de repente de una enfermedad terrible, del desprecio por la humanidad. Cuando pienso que Napoleón está en Santa Elena, todo lo de aquí abajo me es indiferente. Ya no puedo ser soldado, esa es mi desgracia. En fin, añadió encogiéndose de hombros, vale más tener lujo en los sentimientos que en las ropas.

Y dicho esto, el coronel fué á sentarse en el banco. Derville salió. Cuando volvió á su casa envió á Godeschal, que era á la sazón su segundo pasante, á ver á la condesa de Ferraud, la cual, al leer la carta, hizo que se pagase inmediatamente la suma que reclamaba el procurador del conde Chabert.

En 1840, á fines del mes de junio, Godeschal, procurador á la sazón, iba á Ris en compañía de Derville, su predecesor. Cuando llegaron á la avenida que conduce á la gran carretera de Bicetre, vieron bajo uno de los olmos del camino á uno de esos pobres viejos canosos y cascados, que han obtenido el título de jefes de los mendigos, viviendo en Bicetre como viven en la Salpetriere las mujeres indigentes. Este hombre, que era uno de los dos mil desgraciados que se albergan en el *hospicio de la vejez*, estaba sentado en un poyo, y parecía concentrar toda su inteligencia en una operación que conocen mucho los inválidos y que consiste en secar al sol el tabaco dentro del pañuelo. Este anciano tenía una fisonomía sumamente simpática, é iba vestido con ese traje de paño rojo que el hospicio concede á sus huéspedes y que, en realidad, es una especie de librea horrible.

—Derville, dijo Godeschal á su compañero de viaje, mire usted ese viejo. ¿No se parece á esos payasos que vienen de Alemania? ¡Y ese sér vive, y ese sér es feliz sin duda!

Derville tomó su monóculo, miró al pobre, y dejando escapar un movimiento de sorpresa, dijo:

—Querido mío, ese viejo es todo un poema, ó, como dicen los románticos, es todo un drama. ¿Has encontrado alguna vez ó has conocido á la condesa Ferraud?

—Sí, y es una mujer de talento y muy agradable; pero demasiado devota, dijo Godeschal.

—Pues ese anciano que ves ahí es su marido legítimo, el conde Chabert, el antiguo coronel, y ella es sin duda la que le ha hecho colocar aquí. Si está en un hospicio en lugar de habitar en un palacio, es por haber sacado de la nada á la bonita condesa de Ferraud, á la que había tomado, como si fuese un fiacre, en una plaza. Aun me acuerdo hoy de la mirada de tigre que le lanzó en aquel momento.

Como estas frases hubieran excitado la curiosidad de Godeschal, Derville le contó la historia que precede. Dos días después, el lunes por la mañana, volviendo á París, los dos amigos dirigieron una mirada á Bicetre, y Derville propuso ir á visitar al coronel Chabert. A la mitad de la avenida, los dos procuradores encontraron sentado sobre el tronco de un árbol derribado á un anciano que llevaba en la mano un bastón y que se entretenía en hacer rayas con él en la arena. Mirándole atentamente, comprendieron que venía de almorzar de algún sitio que no era el establecimiento.

—¡Buenos días, coronel Chabert! le dijo Derville.

—¡Nada de Chabert, nada de Chabert! yo me llamo Jacinto, respondió el anciano. Yo ya no soy hombre, soy el número 164, séptima sala, añadió mirando á Derville con tímida ansiedad, con un temor de anciano y de niño. ¿Van ustedes á ver al condenado á muerte? dijo después de un momento de silencio. ¡Ah! qué feliz es él, que no es casado.

—¡Pobre hombre! dijo Godeschal. ¿Quiere usted dinero para comprar tabaco?

Con toda la sencillez del pilluelo de París, el coronel tendió ávidamente la mano á ambos desconocidos, y como éstos le hubiesen dado sendas monedas de veinte francos, les dió las gracias con una mirada estúpida, diciéndoles:

—¡Valientes veteranos!

Y simulando que manejaba un fusil, hizo como que apuntaba con él y exclamó sonriendo:

—¡Fuego! ¡viva Napoleón!

Y describió en el aire con su bastón un arabesco imaginario.

—El género de su herida le habrá hecho chochea, dijo Derville.

—¡El chochea! exclamó uno de los ancianos del asilo, que les miraba. ¡Ah! tiene días que da gusto oírle. Es un viejo maligno lleno de filosofía é imaginación. Pero hoy ¡qué quieren ustedes! tiene mal día. En 1820 estaba ya aquí, y á la sazón, un oficial prusiano cuyo coche subía la cuesta de Villejuif, pasó por aquí. Jacinto y yo estábamos en la orilla de la carretera. Dicho oficial hablaba, caminando á pie con otro, con un ruso ó un animal de esa misma especie, cuando al ver á este viejo, el prusiano le dijo: «He ahí un veterano que sin duda habrá estado en Rosbach.» «No, le respondió Jacinto. Entonces era yo demasiado joven para haber estado, pero en cambio soy lo bastante viejo para haber estado en Lena.» Y oído esto por el prusiano, se alejó sin decir nada más.

—¡Qué destino! exclamó Derville. Salido del hospicio de niños, vuelve á morir al hospicio de ancianos, después de haber ayudado en el intervalo á Napoleón á conquistar Egipto y Europa. ¿Sabe usted, querido mío, repuso Derville después de una pausa, que existen en nuestra sociedad tres seres, el sacerdote, el médico y el hombre de justicia, que no pueden estimar el mundo? Usan hábitos negros, sin duda porque llevan luto por todas las virtudes y por todas las ilusiones. Pero el más desgraciado de los tres es el procurador. Cuando el hombre va á buscar al sacerdote, lo hace impulsado por el arrepentimiento, por los remordimientos, por creencias que le hacen interesante, que le engrandecen y que consuelan el alma del mediador, cuya labor no deja de ser agradable, pues tiende á purificar, á reparar y á reconciliar. Pero nosotros los procuradores vemos siempre repetirse los mismos malos sentimientos, sin que nada los corrija, y nuestros estudios son sumideros que no es posible sanear. ¡Cuántas cosas no he aprendido yo ejerciendo mi profesión! Yo he visto morir á un padre en un granero sin medio alguno de subsistencia, abandonado por dos hijos á los que había dado cuarenta mil francos de renta. Yo he visto quemar

testamentos; yo he visto madres despojando de lo suyo á sus hijos, maridos robando á sus mujeres y mujeres matando á sus maridos, sirviéndose del amor que les inspiraban para volverles locos ó imbéciles, á fin de vivir en paz con un amante. He visto madres que daban todos los gustos al hijo habido en el primer matrimonio, para acarrearle la muerte y poder enriquecer al hijo del amor. No puedo decirle á usted todo lo que he visto, pues he presenciado crímenes contra los cuales es impotente la justicia. Todos los horrores que los novelistas creen inventar están siempre muy por debajo de la verdad. Usted va á tener ahora el disgusto de conocer todas esas cosas allí, dijo señalando á París; yo me voy á vivir al campo con mi mujer: París me causa horror.

París, febrero-marzo de 1832.

BIBLIOTECA ALFONSO XIII